

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmos

88

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



EL
GRAN
ERROR

por

Evelyn Brent
James Hall
Josephine Dunn

50 cts.

LOVE'S GREATEST MISTAKE
1927

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis Teléfono A 2717
BARCELONA

EL GRAN ERROR

Interesantísima producción
interpretada por

Evelyn Brent, James Hall

Josephine Dunn

etc., etc.



Es un film PARAMOUNT

distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badia - Dr. Dou, 14 - Barcelona

El Gran Error

Argumento de la película

*El amor es el Señor de la vida
mientras dura la fe.*

*El gran error de la vida es
permitir que esa fe titubee, pues
la duda abre la puerta por la
cual penetra la tentación.*

Honorato de Balzac

I

Por los caminos del mundo avanza un verdadero ejército de jóvenes soñadoras hacia las calles asfaltadas de las grandes ciudades, ávidas de aventuras para ellas insospechadas...

En un tren expreso viajaba una preciosa muchacha rumbo a la tentadora ciudad de Nueva York.

Era la primera vez que se alejaba de sus padres, y su corazón saltaba emocionado en su lindo pecho.

Iba sola, y como todas las plazas estaban ocupadas y surgió una disputa para la ocupación, por otra viajera, del único asiento que quedaba libre y que la hermosa joven se disponía a ocupar, un caballero que hacía el viaje en un salón reservado fijóse en la espléndida juventud de la señorita en cuestión y muy galantemente se le acercó y le dijo:

—Desea usted pasar a instalarse en mi compartimiento particular, señorita?

La viajera le miró con gratitud y repuso:

—No se moleste, señor... Es de suponer que el empleado me cederá a mí el sitio, pues llegué antes que esa señora que habla tanto.

En efecto, la delicada figulina llegó antes que la otra viajera, la cual, como una cotorra a la que hubiesen soltado toda la cuerda, inundaba de palabras y más palabras al em-

pleado que había acudido a arreglar aquella cuestión de la plaza libre.

El caballero insistió en su invitación a la jovencita.

—Le aseguro a usted que no podrá estar mejor en mi compartimiento, y sería para mí un gran honor y un placer sin igual el hacer el viaje juntos... hasta donde usted vaya...

La primorosa viajera no se decidía, pero he aquí que el azar, en forma de un túnel, acudió en ayuda del caballero, pues ocurrió que, en la obscuridad que se produjo al introducirse el tren en la boca negra de la cueva, la otra viajera, que había oido la invitación que el galante señor había hecho a la jovencita, pretendió apartar a ésta del lado del mismo para colocarse ella en su lugar y dejarse empujar hacia el compartimiento vecino; y entonces el viajero, dándose cuenta del juego de la cotorra, se apoderó de la encantadora provinciana y se encerró con ella en su reservado, dejando con un palmo de nárices a la importuna viajera.

Y cuando el tren hubo horadado el largo

En un tren expreso viajaba una preciosa muchacha rumbo a la tentadora ciudad de Nueva York.

Era la primera vez que se alejaba de sus padres, y su corazón saltaba emocionado en su lindo pecho.

Iba sola, y como todas las plazas estaban ocupadas y surgió una disputa para la ocupación, por otra viajera, del único asiento que quedaba libre y que la hermosa joven se disponía a ocupar, un caballero que hacia el viaje en un salón reservado fijóse en la espléndida juventud de la señorita en cuestión y muy galantemente se le acercó y le dijo:

—Desea usted pasar a instalarse en mi compartimiento particular, señorita?

La viajera le miró con gratitud y repuso:

—No se moleste, señor... Es de suponer que el empleado me cederá a mí el sitio, pues llegué antes que esa señora que habla tanto.

En efecto, la delicada figulina llegó antes que la otra viajera, la cual, como una cotorra a la que hubiesen soltado toda la cuerda, inundaba de palabras y más palabras al em-

pleado que había acudido a arreglar aquella cuestión de la plaza libre.

El caballero insistió en su invitación a la jovencita.

—Le aseguro a usted que no podrá estar mejor en mi compartimiento, y sería para mí un gran honor y un placer sin igual el hacer el viaje juntos... hasta donde usted vaya...

La primorosa viajera no se decidía, pero he aquí que el azar, en forma de un túnel, acudió en ayuda del caballero, pues ocurrió que, en la oscuridad que se produjo al introducirse el tren en la boca negra de la cueva, la otra viajera, que había oído la invitación que el galante señor había hecho a la jovencita, pretendió apartar a ésta del lado del mismo para colocarse ella en su lugar y dejarse empujar hacia el compartimiento vecino; y entonces el viajero, dándose cuenta del juego de la cotorra, se apoderó de la encantadora provinciana y se encerró con ella en su reservado, dejando con un palmo de nárices a la importuna viajera.

Y cuando el tren hubo horadado el largo

túnel, los viajeros del compartimiento general pudieron contemplar a la cotorra murmurando por haber sido descubierto su juego y puesta en ridículo por la jovencita.

Esta, celebrando la aventura, rióse con el desconocido y amable caballero que le ofreciera su compartimiento reservado.

—¡Qué mujer más original! — dijo entre risas. — La había tomado conmigo!

El caballero sonrió como ella lo hacía, como un chiquillo, y contestóle:

—Al compararse con usted, esa señora perdió el mundo de vista, créame.

La jovencita turbóse al oír el halago, y sin recelos de ninguna clase aceptó quedarse en el reservado con el correcto señor.

Sentáronse frente a frente y el caballero rompió el silencio que había seguido a la amable frase dedicada a la belleza de la compañera de viaje.

—Tiene usted algún inconveniente en que me presente a mí mismo? — díjole afablemente.

—Ninguno, señor...

—Soy Guillermo Ogden, de Nueva York.

—¡Guillermo Ogden!... Le conozco... Hasta en mi pueblo, a pesar de ser muy pequeño, he oido hablar de usted...

—Lo celebro... ¿De qué pueblo viene usted?

—De Bangor... Es la primera vez en mi vida que salgo de él...

—Habrá quedado aquello muy triste al marcharse usted...

—Es usted muy amable, señor...

—Todo lo bello encuentra en mí el más ferviente... y respetuoso admirador. Su nombre, desde luego, estará en relación con su hermosura...

—Me llamo Dulce Mac Neil...

—¿No lo dije? El nombre no puede ser más apropiado.

—¿Se ríe usted porque me llamo Dulce? Pues no se ríía, que es mi nombre...

—Al contrario, señorita. Estoy encantado de haberle oido decir que se llama usted Dulce, porque, en verdad, Dulce es usted, nadie se atrevería a dudarlo... ni yo...

—Es un nombre como otro cualquiera...

—¿Quiere usted decir que le daría lo mismo llamarse Robustiana, Melania o Torcuata?

—¡Oh! Esos nombres no son agradables...

—¿Ve usted? En cambio, el suyo, no tiene rival... sobre todo tratándose de usted.

Siguieron hablando, y cada vez era más amena la conversación.

El caballero, muy interesado por Dulce, le preguntó:

—¿Es este su primer viaje a Nueva York?

—Si, señor... y estoy tan impaciente por llegar que no sé lo que me pasa.

—¿Por qué no se quita usted el abrigo para estar más cómoda?

—Es cierto... Muchas gracias...

—¿Va usted a vivir con alguna familia amiga?

—Viviré con Juana, una hermana que tengo allí.

—Entonces estará usted bien...

—Juana ha sido siempre la más quieta de la familia, y a menos que haya cambiado mu-

cho, no me las prometo muy felices en Nueva York.

—Si usted me lo permite, yo haré lo posible para que no se aburra en la ciudad.

Dulce estaba orgullosa de haber trabado amistad con el prestigioso Ogden, una de las primeras figuras de las finanzas norteamericanas. Era un hombre galante y correctísimo y se sentía tan segura como sola a su lado.

Durante el viaje recibió de él las más exquisitas atenciones y se prometió seguir cultivando esa relación cuando estuviese en Nueva York, correspondiendo así a la amable oferta de hacerle su estancia lo más grata posible.

II

Juana, la hermana de Dulce, era una de esas mujeres que jamás se olvidan del día del cumpleaños del hombre a quien aman.

El amado de Juana era Braxton, un sinvergüenza que nació cansado, por lo que nunca se avino a trabajar. Pero como los alimentos no los envía gratuitamente el cielo, se las arreglaba para que le mantuvieran sus amistades, y éstas, únicamente femeninas, le rodeaban de comodidades, como a un niño mimado.

Juana se enamoró de él pérdidamente, pues el holgazán supo aprovecharse de su soledad y necesidad de cariño, fingiéndose un hombre apasionado de verdad.

Pero lejos estaba la infeliz de la verdade-

ra personalidad del vago. Creía que ocupaba un cargo de corredor en una importante empresa.

Aquel dia, el de su cumpleaños, recibió un reloj de pulsera como regalo de Juana, y al ponérselo ella misma dejóse besar con verdadero amor la mano, resignándose a aquel sacrificio, como si no experimentase la menor sensación con las cálidas caricias. Sin duda, reconocía que le hacía un gran favor a Juana dejándose querer por ella.

La enamorada mujer, seria y digna en todo momento, ansiaba casarse con Braxton y todo su dinero, amasado a fuerza de trabajo delicado en casa, pasaba, de un modo sistemático y con un pretexto u otro, a los bolsillos del perverso mujeriego, sin que ella se atreviese nunca a abrir los ojos más allá de su gran ilusión.

¡La incauta paloma había caido en poder del gavilán de las grandes ciudades, y antes daría su vida que renunciaría a él!

Mientras se hallaban en dulce coloquio — dulce por parte de Juana, que sólo veía por

los ojos de Braxton — llamaron a la puerta del piso amueblado que ocupaba, sola, Juana; y ésta, reconociendo la llamada, dijo, no sin pesar por ver interrumpida su plática con su amado:

—Debe ser Mona Terry...

Braxton, haciendo una mueca de desagrado, comentó::

—¡Esta mujer me fastidia!

—Debemos recibirla. Acaso venga para darme más trabajo para su tienda...

Fué a abrir, y en tanto lo hacia, Braxton se puso la americana, pues iba en mangas de camisa.

La que llamara era, en efecto, Mona Terry, atractiva mujer, dueña de una lujosa casa de modas, cuyos modelos lucía ella misma con singular donaire, pues tenía un tipo muy llamativo.

Las dos amigas se besaron cariñosamente, y Braxton y la recién llegada se saludaron como buenos amigos también, agradeciéndole Juana a su amado el esfuerzo que hacía, al parecer, para disimular a Mona el disgusto que

le causaba siempre su presencia en casa de su novia.

Pero lo cierto era que Mona y Braxton se burlaban ignominiosamente de Juana, pues les unía a ambos una pasión culpable...

Mona sentóse en un diván, Juana lo hizo frente a ella, y Braxton, siguiendo interpretando maravillosamente su papel de hombre correcto, fué a acomodarse entre las dos mujeres, para, colocado entre ambas, demostrar a cada una de ellas que le interesaban extraordinariamente. Y, así, las dos mujeres creían que sólo una de ellas era la favorita de él, haciendo ver Braxton, para despistar, que lo eran las dos.

Al poco de haber llegado Mona volvieron a llamar a la puerta del piso.

Juana, extrañada de ello, ignorando quién podía ser, fué a abrir otra vez, y aprovechando esa ocasión, Braxton acarició a Mona, para reprimir un tanto sus celos.

Porque Mona amaba también terriblemente al sinvergüenza.

El enojo de Juana al ir a abrir por segun-

da vez la puerta se trocó en indescriptible alegría al ver ante sí a su hermana, la gentilísima Dulce, de cuyo intento de ir a Nueva York estaba enterada ya, pero cuya llegada fija desconocía.

Dulce, gozándose en el júbilo de su hermana, se alegraba de no haberle mandado aviso de su llegada, ya que esta circunstancia le permitía comprobar la satisfacción de Juana al recibirla en su casa, sin preparación alguna.

Mona y Braxton fueron presentados a Dulce como dos excelentes amigos de Juana, y Dulce, al besar a aquélla y estrechar la mano de aquél, les rogó que la considerasen también buena amiga de ellos.

Mona advirtió en seguida la belleza de Dulce, y como viese que Braxton la observaba con agrado, apresuróse a decir:

—¿Quiere usted acompañarme, Braxton? Le enseñaré unos dibujos que deseo sean retocados por el dibujante amigo suyo.

—Vamos, Mona...

—¡Adiós, Juana! Y usted, Dulce, no deje

de pasar a verme a mi tienda cuando tenga un momento libre. Supongo que tendré el gusto de vestirla a usted, como lo hago con Juana. — dijo Mona, exagerando la nota de simpatía hacia las dos hermanas.

Cuando Mona y Braxton se encontraron en el rellano de la escalera, aquélla dijo al holgazán, sin ocultarle sus celos:

—¿No dijiste que Juana te fastidiaba? ¿Por qué la visitas tan a menudo?

—Conviene obrar con prudencia, mujer...
¿No sabes que a quien quiero es a tí?

—Si me engañases, Braxton, os arrancaría los ojos a los dos.

—¡Qué barbaridad! Y ¿cómo podría yo verte sin ojos, preciosidad?

—Yo no soy mujer que acepta cosas a medias, ¿sabes? De modo que...

—Pero, nena, reconoce que tú me conociste por Juana... Bien vale eso el sacrificarse un poco haciéndole creer que yo la quiero mucho... Tú tienes algunas clientes que te encargan trabajos que Juana hace primorosamente, y yo tengo también algunos encargos

para ella... Por lo tanto, Juana nos interesa a los dos.

—¡Pero si llegases a quererla!...

—Quita, mujer... ¡Tú estás loca! Juana dista una enormidad de ser como tú.

Mona atrajo contra sí a Braxton, que se dejó hacer, como un pobre mártir del amor, y le besó ardorosamente en los labios, ante lo cual dijo él, mirando a su alrededor:

—Eso no está bien... Alguien podría vernos...

—Y a mí, ¿qué me importan los demás?

—Nada, naturalmente; sin embargo, es mejor guardar las apariencias...

Braxton era listo. No le convenía que nadie descubriera su juego... de damas.

III

Juana y Dulce, radiantes de dicha por verse de nuevo reunidas, hablaron de su pueblo, de su familia, de todo lo que las ataaba directamente haciéndolas evocar épocas felices, tranquilas...

Para Dulce su hermana no había cambiado lo más mínimo, y prueba de ello fué que Juana le dijo mientras ella vaciaba su maleta y tomaba posesión de su dormitorio, muy coquetón, por cierto:

—Supongo que no esperarás divertirte mucho aquí... Antes al contrario, me parece que Nueva York te resultará un poco triste...

Pero Dulce, guiñándole ingenuamente un ojo, replicó:

—No tan triste como tú crees... En el tren encontré un caballero muy simpático que me suplicó le autorizara para venir a verme... y acompañarme a sitios distinguidos.

—¿Qué estás diciendo, inocentona? ¿Te atreverías a salir con un hombre a quien no conoces?

—¿Cómo que no le conozco? Es Guillermo Ogden, el banquero de quien hablan todos los periódicos...

—¡Un hombre popular! Razón de más para rehuir su amistad, Dulce...

—Pero...

—Ya sé que no insistirás en tu pretensión si te digo que no quiero que salgas con él.

—¡Por Dios, Juanita, tú estás imposible! Haces como el perro del hortelano... No te diviertes ni quieres que los otros se divierten...

—Yo sé lo que me digo... Las mujeres hemos de ser serias para ser dignas de encontrar un hombre que nos ame...

En aquel momento una llamada al teléfono interrumpió a las dos hermanas.

—¿Quién será? — dijo Juana. A menos que...

—Supones que es el señor Ogden?

—No me extrañaría, porque aquí los hombres suelen correr tanto como los automóviles.

—¡Correr es!

Juana se puso al aparato y desarrugóse su ceño al oír que no era el famoso banquero quien se hallaba al otro extremo del hilo, sino un simpático joven, un muchacho que le inspiraba toda su confianza; y apenas hubo cambiado breves palabras con el comunicante, dijo a Dulce, alargándole el auricular:

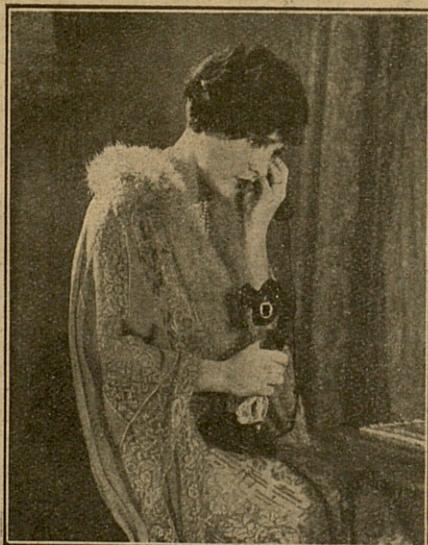
—Heriberto Gibbs quiere hablarte... Ese es el joven arquitecto que el verano pasado, según me escribiste, iba a verte todas las noches en el pueblo, ¿verdad?

—Sí, es el mismo que se me declaraba una noche sí... y la otra también.

—Ponte en el aparato, no le hagas esperar...

Dulce, sinceramente alegré, se puso al ha-

bla con su adorador, que, sin duda, se habría enterado de su llegada a Nueva York por



Juana se puso al aparato...

algún conocido de su pueblo que estaría enterado del sentimiento que ella le inspiraba.

Heriberto era un perfecto caballero. Cuan-

do vió por vez primera a Dulce se dijo que ella sería la esposa ideal y no cesó de interesarse por ella, deseando ardientemente volver al pueblo, aprovechando las vacaciones de aquel año, para reanudar sus visitas... Pero he aquí que ella se trasladaba inopinadamente a Nueva York.

Después de cariñoso cambio de palabras, Heriberto le dijo:

— ¿Qué programa tiene usted para esta noche, Dulce?

— Ninguno, es decir... el que usted quiera, Heriberto.

— ¡Gracias! Iré a recogerla luego... y cenaremos juntos. Desde luego, hago extensiva mi invitación a su hermana, si se digna aceptarla...

— Ya se lo diré, Heriberto... Hasta luego...

— Hasta siempre, Dulce...

Husionada, pues la vida le sonreía esplendorosamente, Dulce perfumó su divino cuerpo sumergiéndolo en el baño, y aquella noche empezó a gozar de la existencia seduc-

tora de la gran capital, a pesar de las sesudas recomendaciones de Juana, que temía para su hermana lo que le ocurría a ella...: que se enamorase demasiado a ciegas...



—*¿Qué programa tiene usted para esta noche, Dulce?*

Habría sido uno injusticia obligar a Dulce a pasar las noches en Nueva York tan solosamente como las pasaba en su población natal.

El banquero Ogden salió con ella algunas veces, pero, de momento, le ganaba en cantidad el simpático arquitecto Heriberto.

Aquella noche, al salir Dulce y Heriberto de un restaurante donde cenaron como amigos de tiempo, ocurrió un incidente que demostró el temple enérgico del arquitecto...

Fué el caso que un desconocido coincidió con él en llamar un *taxi* y al ir a subir al mismo Heriberto le indicó que aquel coche lo había alquilado él para acompañar a Dul-

IV

ce, que esperaba una indicación del joven en la puerta del restaurante.

El desconocido insistió en demostrar que quien había llamado en primer lugar el *taxi* era él, y mientras discutían, una dama pasó entre los dos y se metió tranquilamente en el vehículo, que tenía aún el "alquila" levantado.

—¡Esta si que es buena! — exclamó el desconocido, enfureciéndose.

Otro *auto* vino a detenerse ante ellos, y como por segunda vez los dos querían ocuparlo, sin llegar a un acuerdo, Dulce, nerviosa, se decidió a hacer lo que hiciera aquella señora con el primer coche, subió al mismo y esperó a que Heriberto se le reuniese.

Los dos hombres pasaron de las palabras a los hechos, y dejándose llevar de su brutalidad el desconocido intentó derribar al suelo al arquitecto de un formidable puñetazo, pero Heriberto esquivó el golpe y atizó a su vez una guantada al bruto, haciéndole morder el polvo. Luego se reunió con Dulce y el *auto* emprendió la dirección de la casa de ella.

Dulce no había visto lo ocurrido y estaba ligeramente contrariada.

—¿Por qué no dió a ese grosero la lección que se merecía? Si no por usted, por mí, una mujer, debía ceder el *taxi*...

Heriberto no quiso hacer alarde de su energía y apeló a las frases cariñosas para reconciliarse con Dulce, cosa nada difícil, pues la provinciana se sentía atraída por la hombría de su galanteador.

Durante el camino, el joven repitió a la amada la cantinela empezada en el pueblo el año anterior:

—Sentiria molestarla insistiendo, mas me es imposible evitarlo... Por centésima vez, Dulce, ¿quiere usted ser mi esposa?

—¿Por qué no esperar, Heriberto? — contestó ella.

Al llegar al pie de la escalera de la casa de Dulce, Heriberto le estrechó con pasión las manos y con los ojos le repitió la pregunta de antes.

—Esperemos... esperemos un poco — insistió también ella.

—Pero, Dulce... yo...

—No es que me desagrade usted, Heriberto... lejos de eso... Lo que me pasa es que no quiero casarme todavía...

—¿Eso quiere decir...?

—Espere, Heriberto...

Sin poder contenerse, el arquitecto apodróse de Dulce y la besó con toda su alma en sus labios.

¿Qué diría la amada ante tal osadía?

¿No se habría precipitado en su afán de unir su alma a la de ella?

¡Oh, dicha! Dulce sonrió, y escapando de Heriberto, le dijo, entusiasmada:

—Por qué no empezó por ahí en vez de decirme a cada paso que me amaba?

La tierra le pareció el mismo cielo a Heriberto. ¡Dulce correspondía a su amor!

Intentó abrazarla para besarla de nuevo, esta vez interminablemente; pero Dulce desapareció hacia los pisos superiores, inundando de cascabeleras risas las escaleras.

Heriberto, saltando de gozo como un chiquillo, salió a la calle, y retrocediendo ha-

cia el *auto* mirando hacia las ventanas de las habitaciones ocupadas por su amada y la hermana de ésta, no reparó en que se hallaba a la altura del bordillo, y perdió el equilibrio y cayó cuan largo era sobre la nieve acumulada en la calzada.

Y el contacto con el hielo fué como un baño para su fiebre...

Dulce había llegado entretanto a su cuarto. De éste iba a pasar al de su hermana, para darle las buenas noches, cuando algo insospechado, algo insólito, la detuvo en seco en el umbral de la habitación.

¡Braxton abrazaba a Juana de un modo que no dejaba lugar a dudas acerca de las peligrosas relaciones que ambos sostenían!

Juana estaba loca por aquel hombre y se hallaba al borde del abismo...

Aquella escena, que no hubiese querido presenciar, hizo apartar bruscamente a Dulce de su observatorio, y la llenó de dolor, pues desde aquel momento veía confirmadas las sospechas que tuvo desde el primer

momento que vió a Braxton, cuya conducta le pareció sospechosa.



Juana estaba loca por aquel hombre...

Encerrada en su habitación, Dulce se entregó a graves reflexiones y pensó en el peligro que corren, más que las que aprenden a vivir, las mujeres que toman la vida a lo serio, como ocurría con Juana, pues éstas, como mariposas girando alrededor de una potente

lámpara, se queman las alas sin darse cuenta...

Braxton necesitaba dinero aquella noche y era por tal motivo que se mostraba extraordinariamente mimoso con Juana. Conseguido su propósito sacó un cigarrillo de una flamante pitillera y se puso a fumar como un principiante, pensando en lo que se divertiría lejos de Juana...

Esta, viendo la pitillera, que desconocía, sintió celos y, quitándosela de entre las manos, la examinó y preguntóle, mirándole fijamente:

—¿Quién te la regaló?

Braxton se turbó ligeramente, pero reconróse pronto y repuso:

—Yo mismo la compré el otro día...

—Tú no la compraste... Te la regaló alguna estúpida mujer...

Braxton se creyó en el caso de protestar, para aparecer inocente de lo que se le imputaba, y replicó hecho una furia:

—¿Soy yo acaso de esos que andan por ahí aceptando regalos de todas las mujeres?

—No lo tomes así, querido... ¿No aceptaste de mí un reloj el otro día?



Braxton necesitaba dinero aquella noche...

—¿Esto más? ¡Hemos terminado! ¡Tú me tomas por lo que no soy!

—Pero, Braxton... yo...

—¡Déjame en paz!

Y el miserable, celebrando aquel motivo que le proporcionaba la ocasión de suspender durante algún tiempo sus visitas a Juana, se marchó de la casa, dando un soberano portazo.

Juana, desesperada, rompió a llorar; y Dulce, que oyó el rumor de la desesperación de su infeliz hermana, acudió a consolarla, quedando abrazadas las dos largo rato, como ayudándose en el doloroso trance.

El amor que Dulce sentía hacia su hermana lo excusaba todo, mas después de aquella noche sus consejos y advertencias caían en oídos sordos.

Braxton seguía viviendo... parasitariamente. De su ruptura con Juana salió beneficiada Mona, que le tenía a todas horas a su lado.

Aquella noche cenaban juntos en un renombrado club nocturno, luciendo Mona una magnífica *toilette* con la que lograba — y eso la interesaba mucho — atraerse las miradas de todos los hombres.

En el mismo lugar cenaban el banquero Ogden y Dulce, que agradecía profundamente

al financiero su corrección, por lo que aceptaba sus amables invitaciones, aunque sin hablar de ello a Heriberto, pues entendía que no había pecado ni en la intención ni en el hecho de conocer la vida en sus múltiples aspectos.

Braxton y Mona se dieron cuenta de la presencia de Dulce con Ogden, y dijo el sinvergüenza a su caprichosa "amiga":

—Vamos a saludarla... Aquel que está con ella es Guillermo Ogden, el banquero, cuya amistad podría sernos muy útil...

Ogden decía en aquellos momentos a Dulce, a la que trataba como a una hija, respetándola como no lo hiciera con ninguna mujer:

—¿No me dijo usted que quería conocer un club nocturno? Pues aquí tiene uno...

—¡Qué emocionante! — exclamó Dulce.

—Para venir una vez no está mal... Lo peligroso es acostumbrarse.

—¡Oh! Yendo con usted...

—A pesar de eso, Dulce...

—A su lado me siento absolutamente segura...

—Puede usted estarlo, Dulce, porque yo la estimo en lo que vale... y vale usted mucho.

Braxton y Mona se acercaron entonces a ellos y saludaron a Dulce, quien no pudo menos de presentarlos al banquero, que era lo que ellos querían.

Braxton sacó a bailar a Dulce, y al quedar a solas Mona y Ogden, la caprichosa le dijo, procurando interesar al millonario:

—No sé por qué se me figura que le conozco de toda la vida, señor Ogden... Dulce me ha hablado tantas veces de usted...

Pero el banquero no era un novato y vió de lejos la intención que tenían las palabras de aquella peligrosa mujer...zuela.

Un poco después, Mona, cuando Dulce se acababa de arreglar en el tocador, para marcharse del club nocturno con Ogden, le dijo, mostrándose excesivamente cariñosa:

—Su amigo el señor Ogden es una bellísima persona... Es uno de esos hombres que le inspiran a una confianza y respeto...

Dulce agradeció las lisonjas de Mona a Og-

den, como si hubieran sido dirigidas a ella misma, y repuso:



—Su amigo el señor Ogden es una bellísima persona...

—Me alegro que le guste, porque el señor Ogden es, en verdad, un bonísimo hombre.

—Conserve usted su amistad, querida...

—Lo mismo ha de procurar el señor Ogden...

—Naturalmente... Y ¿cuándo tendré el gusto de verla en mi casa, Dulce?

—Siento no haber ido aún a visitarla... pero lo haré pronto... Discúlpeme...

—Acabo de recibir preciosas novedades...

—Me gustará verlas.

Braxton se sentía orgulloso de su hoja de servicios... Durante cinco años había logrado vivir sin trabajar... y sin ir a la cárcel.

VI

Braxton se sentía orgulloso de su hoja de servicios... Durante cinco años había logrado vivir sin trabajar... y sin ir a la cárcel.

Ahora estaba muy interesado en sacar partido de Guillermo Ogden... y leía y releía con fruición en un directorio de Nueva York selecto los siguientes datos referentes al banquero:

Ogden, Guillermo. Financiero, b. 1880; Presidente Banco Nacional de Industria y Comercio; Presidente de la Cámara de Propietarios y de la Sociedad de Arquitectos; Organizador del Banco Nacional de Nashville; Vicepresidente y tesorero de la Chase National Bank;

1915-16, Miembro de la Cámara de Comercio de Nueva York; 1917, Miembro Comisión Control del Ayuntamiento de Nueva York.

—¿Qué te parece? — dijo a Mona, que estaba a su lado.

—No leas más, o pierdo la cabeza.

—Pues todavía no sabes lo mejor... Es casado, de lo cual podemos aprovecharnos, si se enamora de ella, para sacarle un buen pico.

—No veo cómo...

—¿No tienes una casa de modas? Pues viste a Dulce como Dios manda y yo me encargaré del resto.

—¡Excelente idea! Fácil me será hacerlo. Cuenta conmigo.

Heriberto estaba constantemente ocupado durante el día. De modo que para ver a Dulce tenía que aprovechar la ocasión cuando se le presentaba.

Aquel día fué a pasear con ella, y, de regreso, tomaron el "Metro".

Dentro del coche mostró a Dulce la siguiente carta:

Muy estimado señor Gibbs:

Como presidente del Comité de Contratos tengo el gusto de manifestarle que sus planes han sido escogidos para su estudio junto con los de otros dos arquitectos, sobre uno de los cuales dictaminará en breve la comisión encargada de ello.

Soy de usted atto. s. s.

Guillermo Ogden.

—¿Guillermo Ogden?... Le conozco — dijo Dulce, sin poder reprimir esta revelación, es decir, haciéndola con la mayor naturalidad del mundo.

—Parece un buen viejo... — comentó Heriberto, que le conocía por referencia.

—El señor Ogden no es viejo... y es bien parecido... — rectificó ella.

—¿Cómo lo conoces tanto?

—Precisamente porque le conozco sé que es una buena persona...

—Pues mira, Dulce, a mí no me satisface que conozcas tanto al señor Ogden... No les tengo confianza a los hombres de su clase...



Heriberto estaba constantemente ocupado durante el día.

—Me da lo mismo que él te inspire confianza o no, Heriberto...

—Te lo digo porque no desearía que te ocurriese nada malo...

—Sé lo que es bueno y lo que es malo...

—Cuando tengas mis años, lo comprenderás mejor que ahora...

—No digas tonterías, Heriberto... No necesito tener tus años para saber lo que debo hacer.

—A veces os creéis muy listas y...

—¡No hablemos más del asunto!

—Quiero hablarte de él porque comprendo que necesitas saber muchas cosas que ignoras.

—No te pongas a sermonearme, porque eso no te lo tolero.

—Es que...

—¡Déjame en paz!

—Pero...

—Oiga, inspector, este caballero me molesta.

El empleado a quien Dulce se había dirigido en reclamación contra Heriberto rogó a éste se apease en la estación en que el coche acababa de detenerse, y el joven, quieras que no, tuvo que hacerlo.

¿Qué broma era aquella?

Pero Dulce le mandó un beso desde el coche, y Heriberto, de pie en el andén de la estación, sonrió. Era una venganza muy femenina.

VII

Un día, Ogden llevó a Dulce a su tranquila morada, contribuyendo su cortesía a despertar en ella un sincero afecto.

Ogden estaba silencioso y meditabundo a su lado.

—¿Qué le pasa? — inquirió ella.

—Esta noche salgo para Europa...

—¿Se marcha usted? ¡Cuánto lo siento! Ha sido usted tan bueno conmigo...

—Es preciso qué parte... Y voy a hacerle un regalito porque quiero que esté contenta.

Se dirigió a la chimenea, pulsó un resorte y abrióse un escondrijo, del que sacó un valioso collar de perlas.

Al entregárselo a Dulce, añadió:

—Y si le gusta algo, y puede conseguirse con dinero, dígamelo y lo tendrá...

Dulce contempló el collar, se lo probó, y repuso, muy digna:

—Me gusta, pero no puedo aceptarlo...

—¿Hay alguna persona que se lo impide?

—No es esto... precisamente...

En tal instante entró un criado, quien dijo al banquero:

—Señor, con su permiso... El vapor saldrá dentro de una hora...

El señor Ogden se vistió de calle inmediatamente, y al reaparecer en el salonecito donde se hallaba Dulce, vió como ésta colocaba en el escondrijo el collar; y acercándose y acariciándola paternalmente, aunque su corazón estuviese lleno de amor por ella, le dijo:

—Está a su disposición cuando lo quiera...

—Gracias, señor Ogden, gracias...

Durante la ausencia de Ogden, Braxton y Mona redoblaron sus esfuerzos para captarse la confianza de Dulce.

Cierta tarde en que ella fué a verles a su

casa, Mona le preguntó, intencionadamente, siguiendo el plan concebido por Braxton:

—¿Cómo le va con su amigo el arquitecto?

—Perfectamente, Mona! Me ha invitado a pasar la Navidad con su familia.



...redoblaron sus esfuerzos para captarse la simpatía de Dulce.

—No está mal, no está mal... Y, a propósito... ¿Ha tenido alguna noticia de Ogden?

—Sí... He recibido dos cartas... Las llevo en el bolso... Esta la he recibido hoy mismo.

Los falsos amigos de Dulce leyeron la aludida misiva, que decía así:

Dulce adorada:

Ha sido preciso que nos separase el Océano para apreciar debidamente lo mucho que la amo.

Afortunadamente, dentro de pocos días tomaré el vapor de regreso, y cuando llegue a esa hablaremos sobre su porvenir.

Entretanto, reciba los más cordiales afectos de su enamorado.

G. Ogden.

Braxton vió el cielo abierto. ¡Aquellas cartas eran un filón, una verdadera mina de platino!

Pero Dulce era una mujer honrada a toda prueba, una mujer decente a carta cabal; y lejos de dejarse deslumbrar por el brillo del oro,

se inclinaba definitivamente por la felicidad, tranquila y reposada, junto a Heriberto; y comentó con melancolia:

—Es bueno como el pan, pero...

Cogió las cartas y las arrojó al fuego.

Braxton se precipitó a recogerlas, lo logró, pero quemóse en una mano.

—¿Qué hace usted? —dijo Dulce, sorprendida.

—¿No comprende usted que esas cartas, en nuestras manos, nos valdrían una fortuna? Ogden pagaría lo que le pidiesemos por su devolución.

Dulce enrojeció de ira y exclamó, arrebatándole las cartas:

—Conque es por esto que querían que yo cultivase la amistad del señor Ogden y me dieran trajes y ropa para que pudiese salir con él?

—No sea usted necia, Dulce. La ocasión la pintan calva...

—¡Oh! ¡No quiero volver a ver a ninguno de ustedes en mi vida! Yo misma devolveré es-

tas cartas al señor Ogden con mi negativa de casarme con él.

Braxton pretendió detenerla, pero Dulce ganó la puerta antes de que el miserable pudiese salirse con la suya.

Mona, airada, gritóle a Braxton:

—Si no eres capaz de obtener un par de cartas de una mocosa como esa, nuestra amistad ha terminado...

—No pases cuidado, mujer... Esas cartas las obtendré yo solo, aunque para lograrlo tenga necesidad de quebrarle media docena de costillas...

Un policía apareció en aquellos instantes ante Braxton, y el sinvergüenza creyó que lo mandaba Dulce para que lo detuviese junto con Mona, por su tentativa de *chantage*; pero el agente de la autoridad le entregó una tarjeta y Braxton recuperó su tranquilidad al leer en ella:

Baile de la Policía

en el

Hotel Astor

A beneficio del Cuerpo

de Policía de

la Ciudad

Precio del billete: Un dólar

¡Qué susto!

VIII

Noche de Navidad, después de un día de tranquila felicidad para Dulce al lado de la familia de Heriberto.

La madre dijo a éste, deseándoles las buenas noches:

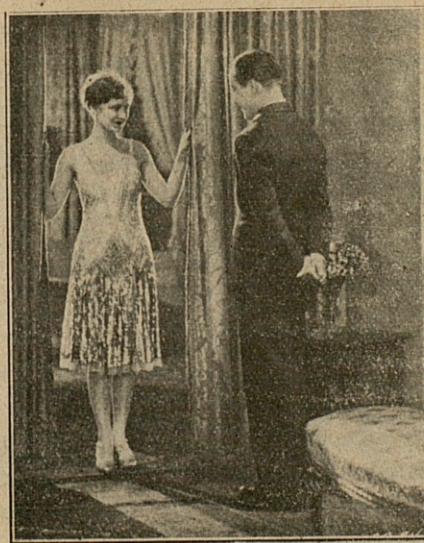
—Hijo, he tenido un gran placer en conocer a la señorita Mac Neil, y espero que de hoy en adelante la veré más a menudo... Buenas noches, Dulce... Quiera usted mucho a mi hijo...

Agradecida, conmovida, Dulce respondió:

—Buenas noches, señora... Esta ha sido la Navidad más feliz de mi vida...

Un poco después, la hermana de Heriberto, viendo juntos a los novios, levantóse del piano y les manifestó, sonriendo:

—Dulce, deseo probarle que la quiero como una verdadera hermana...



Noche de Navidad...

Y se alejó, dejando solos a los dos enamorados para que se dijesen todo lo que sus corazones anhelaban murmurarse...

Una hora después, Heriberto se dispuso a acompañar a su amada hasta su casa, al tiempo que Braxton, que en épocas más prósperas pagaba a otros para que empleasen medios violentos para el logro de sus deseos, y que ahora arruinado y preso de la mayor desesperación tenía que hacerlo él mismo, se introducía en el dormitorio de Dulce con el ánimo de apoderarse de las cartas escritas a ella por Ogden.

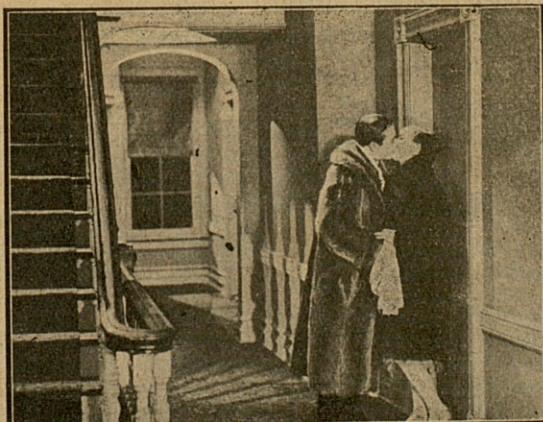
Apenas en el cuarto de la honesta joven, Braxton revolvió todos los cajones, sin encontrar las codiciadas cartas. Para que no le reconocieran en caso de peligro, cubrió su rostro con un antifaz.

Dulce y Heriberto llegaron al poco al pasillo de las habitaciones de la primera. Se sentían inmensamente felices y su sueño se convertiría pronto en espléndida realidad.

Al despedirse, quedando en volverse a ver al día siguiente... y todos los días, se dieron un apasionado beso.

Luego, al entrar en sus habitaciones, Dúlce sorprendióse al no encontrar en las de su her-

mana a Juana, y al penetrar en las suyas vió en el suelo las ropa de los cajones, alarmándose sobremanera.



...se dieron un apasionado beso.

Quiso retroceder, mas no pudo: un ladrón con antifaz le cerró el paso y le dijo desfigurando su voz natural:

—Me han dicho que tiene usted unas cartas

escritas por un tal Ogden, y quiero que me las entregue inmediatamente.

—¡No! ¡No! — contestó Dulce, presa de espanto pero dispuesta a dejarse matar antes que cometer aquella villanía.

—¡Las cartas! ¡Deme las cartas!

—¡Nunca!... ¡Nunca!



—¡Las cartas! ¡Deme las cartas!

—¿Dónde están las cartas? ¡Hable, maldita! Fué inútil, y cegado por la ira Braxton for-

cejeó con Dulce, hiriéndola gravemente en la lucha.

Iba el canalla a proseguir su registro hasta dar con las cartas, cuando oyó pasos en la escalera y salió precipitadamente del cuarto de Dulce, escondiéndose en el pasillo al ver subir a un hombre.

Ese hombre era el propio Heriberto, quien al ir a subir a su coche vió en el asiento ocupado antes por Dulce el bolso de abalorios de ésta, el cual se disponía a ir a devolverle.

Heriberto llamó con los nudillos a la puerta del piso y como nadie le contestara a pesar de sus repetidas llamadas empujó suavemente la puerta y avanzó por las habitaciones, mientras el ladrón se ponía en salvo.

Y gracias a la providencial llegada de Heriberto, del amor, pudo Dulce salvar su vida.

IX

Los periódicos publicaron el siguiente artículo:

JOVEN GRAVEMENTE HERIDA POR UN
RUFIAN

Anoche se introdujo un sujeto en el domicilio de la señorita Dulce Mac Neil, a quien golpeó brutalmente por motivos que se ignoran.

La señorita Mac Neil, joven y sumamente agraciada, ofreció resistencia al intruso, mas esto no impidió que el rufián la maltratase brutalmente de obra, dejándola sin sentido en su habitación hasta que llegó la hermana de la víctima, que vive con ella.

Juana no se separó de su hermana ni un momento desde que Dulce fué conducida a una clínica particular, y Braxton, para sangrarse en salud, temeroso de que la enferma le hubiese reconocido y lo denunciase a la policía, logró, sin el menor esfuerzo, abusando de la nefasta influencia que ejercía en ella, reconciliarse con Juana, a pesar de que a ésta le dijera Dulce que estaba casi segura de que quien la hirió era Braxton.

El señor Ogden acababa de regresar aquel día de su viaje a Europa y, enterado de lo ocurrido a Dulce, se trasladó al sanatorio al saltar del barco.

Al verla en el lecho, no supo fingir y le dijo, no preocupándose de otra cosa más:

—Acabo de desembarcar y de enterarme del robo... ¿Están mis cartas a salvo?

Dulce, extremadamente sensible, le miró tristemente y musitó, volviéndole el rostro:

—¿De modo que no ha venido usted por mí sino por las cartas? Bien; mire detrás del espejo...

Ogden encontró, con gran alivio, sus cartas,

pero al reconocer su torpeza pretendió disculparse:

—Dulce, supongo que comprenderá perfectamente mi ansiedad... Yo no sé qué habría sucedido si hubiesen desaparecido... Durante la travesía no he hecho más que pensar en usted... y en la respuesta que me daria...

Secamente, Dulce repuso:

—He cambiado de opinión.

—Reflexione, Dulce... Volveré... Volveré, sí...

Al salir del dormitorio, Ogden encargó en la administración del establecimiento que trasladasen a Dulce a la mejor habitación que tuvieran, y al ir a marcharse se tropezó con Braxton, quien, al ver asomarse por un bolsillo del gabán del banquero un sobre, creyó que eran las cartas comprometedoras y se apoderó de tal sobre... ¡que resultó contener una invitación de honor para el baile de la Policía!

Braxton no se consideraba en seguridad en Nueva York, y decidido a cambiar de residencia jugóse la última carta presentándose

en casa de Ogden para, con amenazas, obtener de él una buena cantidad.

—Tengo informes — le dijo cinicamente — que el "Record" pretende dar a luz un articulo escandaloso acerca de usted y de la señorita Mac Neil... Están enterados de las cartas que le mandó y de que le paga usted una habitación privada en la clínica... Se les ha visto juntos en media docena de clubs nocturnos... Y esto, como es natural, si se hiciese público, ocasionaría un escándalo.

Ogden era hombre enérgico. Escuchó a Braxton sin dejar de arreglarse para asistir al baile de la Policía, y cuando estuvo listo llamó a su criado y le dijo:

—No pierda de vista a este "caballero" mientras esté aquí... pero échele cuando yo haya salido...

Braxton, considerándose derrotado, se aferró a una última esperanza.

—Tengo un amigo en el "Record" — añadió — que estoy seguro que impediría la publicación del articulo... si se le pagase bien.

Pero por toda respuesta Ogden le dijo, cerrándole luego la puerta en las narices:

—Como no tiene usted pruebas no le resultaría el *chantage*.

Y a Braxton sólo le quedó una satisfacción: la de la venganza, no importándole al miserable que Dulce fuese la única víctima.

Y el "Record" publicó esta nota:

CHANTAGISTA DESENMASCARADO

Cuando Dulce Mac Neil arriesgó su vida, la noche de Navidad, defendiéndose contra un ladrón, fué para salvar ciertas comprometedoras cartas de amor escritas por un conocido banquero con quien se la ha visto recientemente en diferentes clubs nocturnos de la ciudad, si hemos de dar crédito a los rumores en el Broadway neoyorquino.

Heriberto, apenas hubo leído el citado artículo, visitó a su amada.

Dulce había leído ya el eco mordaz, y le dijo,

asiéndose a la esperanza de encontrar la salvación en el verdadero amor:

—¿Has leído lo que publica el "Record"?

—Será mejor que no hablemos de ello...

—¿Por qué no? Precisamente hablar de ello es lo que yo quiesco.

—Lo que hayas hecho en el pasado es asunto que no me interesa.

—Si crees lo que dice el periódico es que no tienes confianza en mí.

—Verdad o mentira, quiero casarme contigo.

—¡Qué desengaño, Heriberto! ¡Tú también!

¡Vete! ¡Vete!

—Te esperaré toda la vida...

—¡Qué dolor! ¿Esta es la fe que tenías en mí?

No le quedaba, según ella, otro cariño que el de su hermana.

—¿Verdad que no me abandonarás nunca? —le dijo abrazada a ella rompiendo en sollozos.

* * *

Dulce salió de la clínica y pasaron para ella días de soledad, durante los cuales no veía a

Heriberto ni a Ogden, y aun Juana se pasaba la mayor parte del tiempo misteriosamente fuera de casa.

Un día, Dulce, de regreso de un corto paseo bajo la caricia del sol, encontró la casa vacía y encima de un mueble esta carta:

*Dulce adorada:
Me he marchado con Braxton.*

Le amo y le sigo.

Soy tan desgraciada, que nada me importa ya. Perdóname por haberte abandonado de esta manera.

Tu infeliz hermana,

Juana

Y ante su soledad, desamparada en un mundo vacío para ella, Dulce se analizó a sí misma y encaminó inconscientemente sus pasos, guida por la fuerza de la fe, hacia aquel que a su juicio le demostrara mayor efecto, y Heriberto, pues era él, la recibió amorosamente, viéndola llegar a él contrita por haber permitido que

la fe que él tenía en ella titubease al librarse a un juego peligroso.



Y ante su soledad...

Y con el amor de Dulce, Heriberto alcanzó éxito tras éxito, y la dicha le sonrió eternamente.

FIN

! PRONTO !

Acontecimiento en las

EDICIONES ESPECIALES de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

RAMONA

100

DOLORES DEL RIO v WARNER BAXTER

Es una joya de los

ARTISTAS ASOCIADOS

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID

B.